

¡Unidad!

Columna de Andrés Botella Giménez en el Ideal de Jaén, con motivo de la semana de oración por la unidad de los cristianos.

25/01/2018

Ideal de Jaén ¡Unidad! (PDF)

Corría el año 2002. Octubre romano. Una multitud inmensa llenábamos la plaza de San Pedro y vías adyacentes. En quienes allí estábamos, un gozo visible y un silencio recogido que favorecía

seguir y participar atentamente en la celebración litúrgica. San Juan Pablo II había dado lectura a la fórmula de canonización de San Josemaría Escrivá de Balaguer el día seis anterior; y nos presidía en audiencia –ahora, día siete, en la misma Plaza de San Pedro– tras la Santa Misa celebrada en acción de gracias por el Prelado del Opus Dei Mons. Javier Echevarría. Todo se desarrollaba en una ambientación similar hasta que sucedió lo inesperado, tal y como lo relato a continuación.

El Papa había invitado a la representación oficial de la Iglesia Ortodoxa de Rumanía, que le visitaba con su Patriarca Teoctist al frente; y al término de la audiencia, se hicieron presentes, para saludar oficialmente al Santo Padre. Pero cuando todos celebrábamos complacidos la presencia de estos entrañables hermanos separados, una voz espontánea de uno de los

circunstancias nos dejó primeramente sorprendidos y -después- entusiasmados.

En medio del silencio, gritó: «¡unidad!». Y todos, con el gesto amable del Pontífice y del Patriarca, nos sumamos coreando: «unidad, unidad, unidad...». El propio Patriarca rumano, en un gesto inesperado, al despedirse, nos bendijo repetidamente a todos los presentes.

Frecuentemente he recordado, años más tarde, aquellas vivencias que se me quedaron tan profundamente grabadas. Por más veces que las reconsideré, nunca pude hacerlo fríamente, ni desde ese distanciamiento que suele imponer el inevitable transcurso del tiempo. Me conmueve siempre el cariño, sin recelos, entre hermanos que se encontraban nuevamente y que allí 'respiré'. ¡Qué presente estuvo el

fuego divino y humano de la caridad fraterna!: ese cariño constatable que algunos (por error o propia estrechez, que debieran superar) reducen a una caricatura del Amor cristiano.

«Que todos sean uno», pedía Jesús. Un solo Bautismo; una sola Fe; un solo Dios y Padre” (ese Padre de la parábola evangélica que salía a atisbar con esperanza el retorno del hijo que había abandonado el hogar paterno, para -finalmente- abrazarle y llenarlo de besos).

¿Con qué insistencia procuramos y oramos por el pronto retorno al Hogar de nuestros queridos hermanos que sucesivamente lo abandonaron?

Y ya que han tenido la bondad de leerme hasta aquí, ¿tendrán ahora la amabilidad de permitirme una reflexión, exclusivamente personal al respecto? Si la Iglesia es una («mi

Iglesia», dijo Jesucristo) ¿cómo no cuidamos –a veces- una mayor delicadeza, en la confianza, cariño y respeto con los otros miembros de la Iglesia, sigan o no caminos - refrendados por la misma-, pero distintos a los nuestros? La Iglesia es Sacramento Universal de Salvación: ¿qué ejemplo estamos obligados a dar, como los primeros cristianos (de los que pudo decirse «mirad cómo se aman» y se les veía vivir con «un solo corazón y un alma sola»)? Mas... ¿qué lógica justificaría la pretensión de tratar mejor a los alejados que a los que tenemos cerca? ¿Cómo se sentirían aquellos invitados a volver, si nuestro ejemplo no fuera atrayente? Si al final de la vida seremos examinados del Amor, ¿pensamos sinceramente que no se nos pedirá cuentas del modo de juzgar y obrar con nuestros hermanos en la Fe? ¿En qué dijo Jesús que conocerían que somos sus discípulos? Y... ¿cuál la medida del

Amor de los unos con los otros que establecía?

También en esto, quisiera yo gritar: unidad. Sí, unidad en la caridad de quienes somos o están llamados a formar un solo Cuerpo Místico de Cristo, informados por una sola Alma que es el Espíritu Santo, Amor Substancial del Padre y el Hijo; y que, gracias a la Redención obrada por Cristo, ha sido derramado en nuestros corazones. Así se explica la alegría de tantos cristianos ejemplares en medio de las mayores dificultades.

Decía el Papa Francisco, en octubre del 2014, que «el camino hacia la unidad se inicia con una conversión del corazón, con una conversión interior», y supone «un viaje espiritual desde el encuentro a la amistad, de la amistad a la fraternidad, de la fraternidad a la comunión».

Andrés Botella Giménez

Ideal de Jaén

pdf | Documento generado automáticamente desde <https://opusdei.org/es-es/article/unidad-de-los-cristianos-san-josemaria-juan-pablo-ii-iglesia-ortodoxa/> (21/01/2026)